

1958-1968



París reacciona contra el golpe militar. En los Campos Elíseos, los gendarmes cargan contra los manifestantes. Pero las manifestaciones contra la guerra se suceden, cada día más amplias, hasta la paz.

DIEZ AÑOS DE DE GAULLE

Por JUAN ALDEBARAN

EL mes de mayo de 1958 fue un mes frenético en París. Se esperaba una invasión: debía venir de las fuerzas sublevadas en Argel, apoyadas por los colonos. Los paracaidistas, los aviones de transporte, las milicias, podían aparecer en cualquier momento en el suelo de la inerme IV República, minada y sabotada, débil y asustadiza, para implan- ▶

1958-1968: DIEZ AÑOS DE DE GAULLE



tar un nuevo régimen. El ejército estaba a punto de perder la guerra de Argelia, como había perdido la de Indochina. No se culpaba a sí mismo. Culpaba a los políticos, a los civiles. Lo mismo había ocurrido en la Alemania de 1918, y esa frustración militar había producido un fenómeno sin grandes precedentes en la historia: el nazismo. Pierre Pflimlin fue nombrado presidente del consejo de ministros el 13 de mayo y exclamó en su discurso de toma de posesión: «Estamos al borde de la guerra civil». Fueron sus primeras y sus últimas palabras. Su gobierno duró prácticamente unas horas, aunque legalmente se prolongó durante quince días. Era el gobierno número 24 en los doce años de la IV República. Los había habido más breves. Schuman había gobernado durante cinco días en 1948, Queuille durante cinco en 1950. Al día siguiente de la toma de posesión de Pflimlin, el general De Gaulle se declaraba «dispuesto a asumir los poderes de la República». El juego estaba decidido.

El «golpe» del 13 de mayo fue, en realidad, una conjunción de dos complotos, hábilmente reunidos. Había una conspiración militar, dirigida visiblemente por el general Cherrier, cuyo plan consistía en tomar el poder en Argel y organizar una expedición militar contra la metrópolis, para desmontar la IV República. Y una conspiración civil conducida por el partido del general De Gaulle, en la que el propio general sostenía una actitud lejana, prudente y reservada, pero dejaba actuar a sus fieles, a Jacques Soustelle especialmente, y a los grupos degaullistas de Argelia. El general no pretendía un pronunciamiento, un golpe de estado: exigía ser «llamado por la nación». El partido inspirado por él ni siquiera llevaba su nombre. Era el RPF, o «Rassemblement du peuple français», poco numeroso, pero muy activo. ¿Quién lo sostenía? Se dice que durante sus primeros cinco años de vida gastó 821 millones de francos (antiguos); apenas 320 procedían de cotizaciones y donativos de simpatizantes. Los otros quinientos millones venían de la Banca Rothschild (Georgette Elgey, «La République des illusions», París, 1956), lo cual explicaría que el presidente del comité de ayuda al RPF fuese Fillon, un apoderado de la Banca Rothschild, y la rápida ascensión de Georges Pompidou, hoy primer ministro, que era director general de la Banca Rothschild. El patronato francés ha representado un papel de cierta importancia en los movimientos políticos de Francia, mediante su «Centro de estudios administrativos y económicos», destinado a sostener económicamente ciertos grupos políticos, ciertos partidos, para evitar «el regreso de la ola de reformas de 1944-1945» (reformas ▶



Tres aspectos de la crisis argelina. Ante el monumento a los muertos de Argel, Pierre Lagaille, en traje de paracaidista, arenga a sus compatriotas, el 13 de mayo de 1958. Salan habla desde el balcón del gobierno general. En París, la izquierda se moviliza contra De Gaulle. Presiden Mendes-France, Miterrand...



De Gaulle visita Argelia. Es la época del «J'ai vous ai compris!», de «Argelia francesa». El «para» que abre paso es el coronel Godard, hoy exiliado.



sociales y económicas) (R. Priouret, «Origines du patronat français», París, 1963) y entre sus subvenciones abundantes parece figurar la concedida al partido socialista para evitar un frente popular y para alejar al comunismo (Jacques Delaunay, «Les grandes controverses du temps présents», volumen 2, París, 1967). En esta actuación puede verse una de las razones del fracaso de la política de partidos y de parlamentarismo de la IV República.

El 13 de mayo, los dos «complots» se conjuntan en uno. Se toman las primeras medidas. El general Salan, que manda la X Región militar (Argel), aparece el 15 de mayo en el balcón del gobierno general, pronuncia una breve alocución y termina con estos gritos: «¡Viva Argelia francesa! ¡Viva Francia! ¡Viva el general De Gaulle!». El movimiento va a ser seguido de la operación «resurrección», como se llama en código. Es decir, el desembarco en París. Un mensajero

(el general Dulac) va a comunicar este plan a De Gaulle: «Diga usted al general Salan —responde el prohombre— que todo lo que ha hecho y lo que vaya a hacer será por el bien de Francia». Pocos podían suponer, entonces, que algún tiempo más tarde, De Gaulle haría condenar a muerte a Salan por sublevación militar. El ministro del Interior, al mismo tiempo, da órdenes para evitar la invasión: no cuenta con nadie, nadie le hace caso. Acude al recurso clásico de las últimas horas: pedir al pueblo que evite la toma de poder, distribuir algunas armas a los partidos políticos —discreta, moderadamente, selectivamente—, pedir a los civiles que ocupan los aeropuertos. Son palabras que caen en el vacío, aunque algunos militantes de izquierda viven noches de angustia y de vigilia. De Gaulle, sin embargo, desaconseja la operación militar. Va a bastar, dice, con el movimiento de Argel para que el po-

der civil se hunda. El poder hay que tomarlo con apariencia legal. Se trata de canalizar políticamente el levantamiento. Es decir, de recubrirlo, de disfrazarlo. Sus consejos se siguen y tienen éxito. Aplastado por las presiones, el presidente Coty —un hombre débil, bonachón, inoperante, que ha ganado las elecciones como un «outsider», precisamente por su falta de carácter— llama a De Gaulle a formar gobierno. La Asamblea Nacional le acepta sin demasiado entusiasmo (dos quintas partes votan contra él). El 3 de junio, nueva votación de la Asamblea: el general está autorizado para emprender una nueva constitución y someterla a referéndum del pueblo. El 5 de junio, De Gaulle llega a Argel. El «Forum» hierve de entusiasmo. Millares de colonos gritan el «slogan» «Algérie Française!». Una sola persona no pronuncia esa frase: el general De Gaulle. Se limita a pronunciar una frase histórica que luego ha

adquirido todo su valor de ambigüedad: «Je vous ai compris!». «Os he comprendido...».

En ese momento arranca una de las aventuras políticas más curiosas de nuestro tiempo. El general De Gaulle ha llegado al poder por segunda vez izado por el patronato francés, por la Banca Rothschild (lo cual supone, sin duda, una forma de ayuda americana como hombre capaz de contener el comunismo), por los partidarios de la Argelia francesa, por los generales frustrados. A partir de ese mismo momento se va a empeñar en burlar y eliminar todas esas fuerzas. El patronato francés está representado por Pinay, del cual se desprenderá pronto el general y pasará al ostracismo político, del que nunca ha salido. Soustelle, el hombre que sirvió para coagular los dos complots, tendría que irse al exilio (como Bidault, otro de los compañeros de la primera hora del general). Argelia empezaría a de-



A la izquierda, Salan recibe a Jacques Soustelle, llegado clandestinamente a Argelia. Abajo, el presidente Coty acompaña hasta la puerta del Eliseo al general De Gaulle, que ha decidido formar un nuevo Gobierno.



Jer de ser francesa a partir de ese momento; no lo será nunca más. Los colonos que aclamaban a De Gaulle en el Forum tuvieron que huir de Argelia no sin dejarse muertos y bienes sobre el terreno. En su último sobresalto de defensa, les ayudaron los mismos generales que habían conducido al general al poder: «un cuartelón de generales rebeldes», diría de ellos De Gaulle, y les entregaría a los tribunales militares para que les condenaran a muerte. La Banca Rothschild ve ahora con horror cómo De Gaulle se pronuncia contra el sionismo: los americanos sintieron pronto el peso del desafío de De Gaulle, que ha arrancado a Francia de la OTAN. Terrible carrera. Carrera shakespeariana.

En aquellos días de mayo, un cocinero de París me dijo una frase, sobre la reaparición del general De Gaulle, donde la cultura gastronómica se mezclaba a la sabiduría política: «Un soufflé nunca se

levanta dos veces». Fue un error. Se suponía que De Gaulle había sido insuflado por primera vez en la época de la resistencia, elevado como un globo por gases ajenos: por la necesidad angloamericana de mantener la esperanza de una Francia libre, porque hacía falta precisamente un general cuando los militares franceses de alta graduación o estaban prisioneros o colaboraban con el enemigo; porque un grupo de políticos civiles le dictaban sus palabras más gloriosas. Se suponía que la resistencia interior estaba sostenida, sobre todo, por las guerrillas comunistas y que las primeras victorias en suelo francés estaban sostenidas por la potencia americana. Sólo la necesidad de restaurar una imagen moral de Francia y de cortar el paso al comunismo elevó a De Gaulle a la calidad de símbolo. Lo fue como nadie. No hay avenida en pueblo francés que no lleve su nombre. Nadie ha sido aclamado como él. ▶



ellos
han conseguido
lo que deseaban:
el toque preciso
seco, "brut" de



ROYALE AMBREE

FOR MEN

Una creación
decididamente varonil de
LEGRAIN

- * EAU de TOILETTE
- * EAU de RASAGE
- * EAU APRÈS RASAGE

LA SERIE CON IMPACTO GRIS ACERO

LEGRAIN

PARIS

**¡Qué
feliz
idea!**



...acabar **ahora mismo** con ese dolor de cabeza que tanto atormenta. Tome

instant-
ASPIRINA®
efervescente

que actúa rápidamente

De agradable efecto refrescante, fácil absorción y buena tolerancia aún para estómagos delicados. Procura un notable alivio en las molestias por exceso en comidas y bebidas. Contra Dolores de cabeza, Neuralgias, Resfriados, Enfriamientos... Hace bajar la fiebre.



- * CALMA EL DOLOR.
- * ALIVIA LA PESADEZ DE ESTOMAGO



CONSULTE A SU MEDICO

C.P.S. 3.920

1958-1968: DIEZ AÑOS DE DE GAULLE

Lo peor de los políticos convertidos en símbolos es que creen que realmente lo son. Parece ser que De Gaulle jamás creyó que las fuerzas que le sostuvieron fueron simplemente terrenales. Un hombre así marcado por el destino y por la providencia no podía prestarse al juego político. A las elecciones, a las Asambleas, a los partidos. Cuando todo ello se presentó como inevitable, eligió la desaparición, el retiro solitario en Colombey. Esperaba allí que Francia le llamase de nuevo. Tuvo que esperar doce años. Pero el tiempo no cuenta para un hombre histórico.

El «soufflé», pese a las predicciones de mi «cordon bleu», se iba a levantar una segunda vez. Lleva diez años en alza. Pocas veces se ha visto un hombre tan encarnizado en la lucha contra quienes le levantaron, no ya esta segunda vez, sino la primera. Los americanos que le ayudaron, los ingleses que le albergaron y le prestaron sus micrófonos y sus armas. Pocas veces se ha visto un político manifestarse con tanta energía contra la política. Ha inventado una maniobra que nunca había salido bien a otros: la maniobra política que consiste en denunciar las maniobras políticas.

Sobre estas extrañas, irregulares bases, el general ha construido una política con aspectos positivos. Ejerce una dictadura benévola. Las libertades que ha abolido las ha dejado, en realidad, durmientes; no las ha asesinado. Acepta el juego electoral: si es jugador de ventaja —con su manejo de la televisión y de la radio, con las presiones sobre la prensa, con la amenaza apocalíptica de la catástrofe que, según él, supondría su desaparición— no es, en cambio, amenazador. Ha evitado la división de «las dos Fran-

cias». La economía de su país está llena de agujeros, pero no más que las que presentan otros países en esta época de crisis mundial; al contrario, el balance es superior al de hace diez años. La imagen de Francia que da al pueblo es, probablemente, falsa: un país con fuerza atómica, con independencia política, capaz de pesar en las grandes decisiones del mundo. En realidad, la fuerza atómica y militar de Francia no ha pasado de ser experimental, la Independencia no pasa de estar mediatizada como la de todo el mundo, y el peso en las grandes decisiones es más negativo que constructivo. Los esfuerzos para crear una tercera fuerza —vías a Hispanoamérica, creación de la «francofonía», intervenciones diplomáticas en Asia, reconocimiento de China— no han dado resultado válido, a no ser para una cierta expansión del capital industrial francés hacia nuevos mercados. Ha tenido, sin embargo, la fuerza de prever, cuando nadie creía en ello, que el Imperio americano perdía fuerza velozmente, que la alianza con Estados Unidos es una alianza en la que uno se puede quedar abandonado —quien lo dude, que vaya ahora a preguntar a Saigón o a Seúl—; que la URSS, tras Stalin, iba a adoptar una posición abierta, y que las democracias populares del este de Europa iban a tener una configuración propia. Su estilo es el de un jefe carismático: quizá el único, con Mao, de los que quedan en el mundo de los grandes —entre la torpeza de Wilson, la mediocridad de Johnson, el tono gris del dúo de Moscú—.

J. A.

(Reportaje gráfico:
FLASH PRESS)



Con traje civil, el general De Gaulle lee ante el Parlamento su declaración de investidura. Comienza el gaullismo.

Cafetera SUPER EXPRES



siempre limpia y brillante

más puro sabor de café



totalmente
de acero
inoxidable
18/8!

con su novísimo diseño:
sin rosca, ¡se cierra y abre tan fácilmente!
totalmente desmontable y recambiable -
filtro sin peso - capacidad graduable.

Dos tamaños: { pequeño, 3 ó 6 tazas
grande, 6 ó 12 tazas



BRA PRIMERA FIRMA ESPAÑOLA DEL ACERO INOXIDABLE